Y la verdad es que no se sabía cuál era peor; si resbalar y apoyarse en las paredes llorosas y escurridizas ó contemplar la base de la galería abovedada con sus colgajos, sus desigualdades y sus asquerosidades.

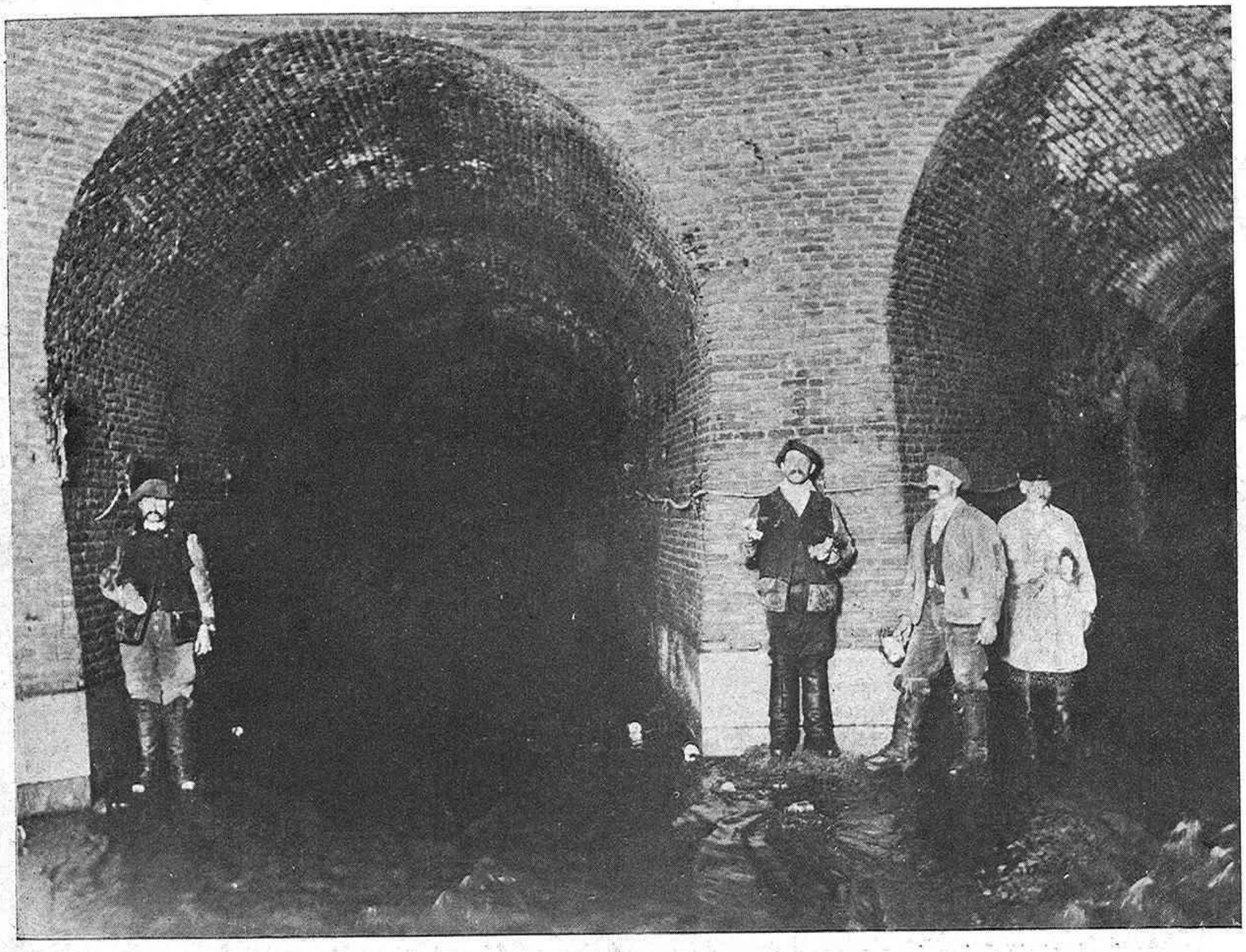
Seguimos avanzando. Un fragor medroso nos anunció la proximidad de la «cascada». No debe ser peor el infierno. pensamos.

Nuestro *cicerone* nos mostró antes de llegar al impetuoso salto de líquido una gran abertura en el techo, cegada en su parte superior.

—Por aquí «echaban» las famosas cubas de Sabatini—nos dijo.

Una vez flanqueada la «cascada» seguimos nuestro viaje; cada pierna pesaba un quintal. Llegamos bajo las cuatro fuentes del paseo del Prado. Un enorme raigón de un árbol ha traspasado las capas de tierra y piedra y deja colgar asomando por el centro de la bóveda sus redondas puntas que se asemejan á enormes estalactitas; puntas nudosas, blanquecinas, viscosas que también parecen horribles tentáculos de colosal pulpo petrificado....

Volvimos pasos atrás con más precauciones que antes, porque había aumentado el caudal de modo alarmante, repasamos la cascada y fuimos á desembocar en la rotonda ó sea el punto donde confluyen las alcantarillas de Trageneros (la de la izquierda en la fotografía), de Recoletos (la de la derecha) y el colector del Hospital que sale por Atocha cerca de Vallecas. Allí, en la rotonda, se entrechocan con verdadera furia las dos corrientes y forman una barra de fango que las



La rotonda. Punto donde se reunen las alcantarillas de Recoletos y de Trageneros y afluyen el colector del Hospital.

separa á trechos. El agua sigue subiendo; ráfagas de viento enrarecido por emanaciones pútridas y gases deletéreos contribuyen á hacer enojosa la permanencia en aquellos lugares. Como dato tranquilizador nos muestra nuestro *eicer ne* las huellas que deja la corriente en las paredes cuando hay crecida por efecto de las lluvias, del mucho riego, etc. ¡Y esas huellas están á más de tres metros de altura!

Con todo desafiamos el peligro *en vrais hêros*, entramos en el «camino» de Trageneros; á la derecha y como á un metro de altura del firme, hay empotrada en la pared de la derecha una lápida conmemorativa, en latín, en la cual sólo pudimos leer: *Rege Carolus III MDCCLXXVI*, el resto está ya ilegible; el tiempo, el agua y... lo demás lo han borrado.

Debía haber pasado mucho tiempo desde que descendimos del mundo de los vivos porque uno de los obreros que nos acompañaban sintiendo apetito, sacó de un bolsillo del chaquetón un trozo de pan y se puso á comerlo con igual ardimiento que si estuviera en su casa y en medio de los objetos más gratos á la vista. Ibamos en fila, arrimados á la pared, aunque sin tocarla; de pronto sentí que me entraba algo muy frío por entre el cuello de la camisa. El obrero que iba delante de mí se paró un momento, aplicó los labios á la pared y bebió.

—¡Está muy rica este agua!—dijo con satisfacción.

Bajo su palabra le creí.

Como seguía en aumento la crecida y se hiciera muy peligrosa nuestra estancia allí, volvimos á la superficie.

Y ya, disfrutando del aire puro, relativamente, recordábamos con horror aquellas minas estrechas, obscuras, inter-

(c) Ministerio de Cultura 2006